

Factores inhibidores de la revelación de abuso sexual infantil

Inhibitory factors of child sexual abuse disclosure

Xud Zubieta-Méndez

Dr. Psicología, sexólogo clínico y Profesor de Sexología ISEP
xudzubieta@gmail.com

Irene Montiel

Dra. Psicología, criminóloga y Profesora Criminología UOC
imontielj@uoc.edu

resumen

Un gran número de víctimas de abuso sexual infantil nunca revela su victimización y en otros muchos casos, la latencia de revelación es de años e incluso décadas. Aunque existen numerosos estudios sobre los factores que influyen en la revelación, ninguna publicación reciente en España recoge y sintetiza las evidencias científicas disponibles sobre los factores relativos a las figuras de la víctima, el abusador y la relación entre ambos. En este trabajo se revisan diversos estudios y metaestudios sobre las razones que llevan a las víctimas a mantener en secreto los abusos. A las dificultades que los niños presentan en general para revelar un secreto, especialmente cuando implican a algún adulto o están relacionados con aspectos sexuales, se añaden otros como la etapa evolutiva del desarrollo y el sexo del menor durante los abusos, la percepción de responsabilidad y culpa y el miedo a las consecuencias, reales o imaginadas. La situación de superioridad del abusador, las estrategias empleadas para acercarse o coaccionar a la víctima y la relación o el vínculo entre ellos son factores que dificultan la revelación del abuso. Para explicar el fenómeno de la revelación se acude a dos modelos básicos: el de la revelación según el Intercambio Social y el Cognitivo-Social, a partir de los cuales se propone un modelo interaccional y multi-dimensional. Los factores que inhiben la revelación del abuso en las víctimas constituyen un importante ámbito de investigación que puede contribuir a la prevención, la detección y la intervención en estos casos.

palabras clave

Abuso sexual infantil; revelación; inhibición; secreto; latencia.

abstract

A large number of children sexually abused never reveal their victimization. In some of the cases that do it, the latency of the disclosure is of years or even decades. Al-

though there are many studies on the factors that influence the revelation of Child Sex Abuse (CSA), in Spain there are no recent publications that encompass and synthesize the currently available scientific evidence about the factors related to the different figures of the victim, the perpetrator and the relationship between them. In this work we revised several studies and meta-studies about the reasons that lead the victims to keep the abuse secret. To the difficulties that generally children present to reveal a secret, especially when that involves some adult or it is related to sexual aspects, some other issues are added, such as the developmental stage and the gender of the child, their perception of responsibility and guilt during the abuse, the fear of the real or imaginary consequences. The abuser's situation of superiority, the strategies used to get close to or coerce the victim, and the relationship or the bond between them are factors that make the disclosure of CSA very difficult. To explain the phenomenon of the disclosure we used two basic models: the disclosure according to Social Exchange, and that of the Social-Cognitive disclosure, from which an interactional and multidimensional model is proposed. The factors that inhibit the revelation of the abuse in victims constitutes an important area of investigation aimed at contributing to the prevention, detection and intervention in these cases.

keywords

Child sexual abuse; disclosure; inhibition; secret; delay.

1. Introducción

Un gran número de víctimas de abuso sexual infantil nunca revelan su victimización. Muchas de ellas no lo cuentan hasta que son personas adultas (Berliner y Conte, 1995; Goodman-Brown, Edelstein, Goodman, Jones y Gordon, 2003; Lamb y Edgar-Smith, 1994; McElvaney, 2015; McElvaney, Greene y Hogan, 2014; Reitsema y Grietens, 2016; Roesler y Wind, 1994; Russell, 1983; Sauzier, 1989). El miedo al castigo y al abandono, la percepción de complicidad, la vergüenza y la culpa, son algunos de los factores que forman una mezcla que conspira para que una víctima infantil no revele el abuso sufrido (Sauzier, 1989; Summit, 1983; Goodman-Brown et al., 2003). Cuando las personas que supuestamente cuidan y protegen a los menores son las que cometen los abusos, la situación de vulnerabilidad y dependencia en la que se encuentran los menores, especialmente en los primeros años de su vida, hacen que sus decisiones como víctimas en torno a la revelación se vuelven mucho más difíciles (Reitsema y Grietens, 2016).

Desafortunadamente, debido a que muchas veces el abusador tiene cuidado de no dejar evidencia que pueda incriminarlo, no suele haber pruebas físicas del abuso sexual y cualquier intervención dependerá casi por completo de que el menor revele el abuso (Bussey y Grimbeek, 1995; Sauzier, 1989;

Goodman-Brown et al., 2002). Mantener el secreto del abuso sexual excluye la protección de la víctima. Los niños pueden estar sujetos a ellos repetidamente, durante un período prolongado de tiempo, sin contar con la oportunidad de recibir apoyo ni ayuda psicológica en torno a las secuelas. De ahí la necesidad de conocer y entender los diversos factores que inhiben la revelación de abusos sexuales en menores o contribuyen al mantenimiento del secreto (Alaggia, 2004; Goodman-Brown et al., 2003; Paine y Hansen, 2002; McElvaney, 2015; McElvaney et al., 2014).

2. Método

El objetivo del presente trabajo es revisar y sintetizar la literatura disponible sobre los factores que inhiben la revelación del abuso sexual infantil, desde una perspectiva ecológica e interaccional. Esta revisión exploratoria se ha realizado mediante la búsqueda electrónica en distintas bases de datos como *PsychARTICLES*, *PsychINFO*, *PSICODOC*, *ERIC*, *ProQuest Central*, *SAGE*, *Scielo* y *MEDLINE*, de artículos publicados hasta 2016. Los principales términos de búsqueda han sido *child sexual abuse (AND) disclosure (OR) secret (OR) delay (OR) consequences (OR) coping*. Se han excluido los trabajos realizados sobre la revelación en contexto forense. A lo largo del presente trabajo se habla de la «víctima» o «víctimas» de abuso entendiendo siempre que éstas son menores de 18 años. Se asume una definición amplia de abuso sexual que incluye cualquier tipo de aproximación sexual, desde insinuaciones claras, hasta invitaciones intencionadas para la realización de actividades eróticas y/o sexuales, la consumación de sexo oral, coito o cualquier conducta sexual explícita de un adulto hacia un menor.

3. Aspectos generales

Numerosos e estudios ilustran las dificultades que tienen los niños para hacer revelaciones en general (Paine y Hansen, 2002; Fontes y Plummer, 2010; McElvaney, Greene, Hogan, 2014; Reitsema y Grietens, 2016). Estos estudios, en particular, señalan que muchas de las preocupaciones en torno a la revelación de abusos sexuales no son exclusivas de los abusos sexuales (Paine y Hansen, 2002). Independientemente de las estrategias de sometimiento empleadas por el abusador, los menores en edad preescolar y escolar tienen una tendencia a guardar secretos en general. La toma de decisiones en menores puede resultar compleja y a menudo se decantan por la opción que más beneficios consideran que les proporcionará o que menos iniciativa requiera (Paine y Hansen, 2002). Estudios análogos también muestran la reticencia de las víctimas para revelar secretos relacionados con

algún comportamiento negativo por parte de un adulto. Especialmente, si no se les pregunta directamente. Por ejemplo en un estudio de Clarke-Stewart et al. (1989), cuando un «conserje» le pide a un niño que no cuente que en lugar de estar trabajando ha estado jugando, el 64% de niños entre 5 y 6 años, que participaban en la investigación, mantuvieron el secreto. Los resultados de otros estudios señalan que los niños a menudo ocultan las fechorías de un adulto aun cuando no se les ha pedido que la oculten. Los resultados de otro estudio muestran que las revelaciones de niños pequeños con respecto a las fechorías de un adulto eran significativamente mayores cuando el adulto pedía al menor que mantuviera el secreto en un tono más firme (Bussey, Lee, y Richard, 1990, citados por Bussey & Grimbeek, 1995; Paine y Hansen, 2002). Además, la investigación sugiere que cuanto más se prolongan los abusos, más reticentes son las víctimas a revelarlos (Paine y Hansen, 2002; Fontes, y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016).

3.1. Latencia de la revelación

La mayoría de los menores no revelan su victimización sexual durante meses e incluso años (Berliner y Conte, 1990; Paine y Hansen, 2002). Lamb and Edgar-Smith hallaron que la edad media para la primera revelación era 18 años, lo cual era significativo dado que la edad media para el comienzo de los abusos para las personas de la muestra fue de 8 años.

El hecho de que muchas víctimas nunca revelen los abusos sufridos o que tarden mucho tiempo en revelarlos demuestra, entre otras cosas, la inmensa dificultad que supone hacerlo (Sauzier, 1989; Paine y Hansen, 2002). Los estudios científicos consistentemente señalan que las víctimas infantiles tienden a demorar la revelación durante períodos de tiempo amplios y que muchas nunca revelan el abuso hasta que es descubierto de alguna manera (Paine y Hansen, 2002; McElvaney, 2015; Reitsema, y Grietens, 2016). Muchas víctimas han relatado la reticencia a romper su promesa de mantener en secreto el abuso (Bussey, Lee, y Richard, 1990, citados por Bussey y Grimbeek, 1995; Paine y Hansen, 2002). Por otra parte, un estudio halló que la latencia de la revelación era dos veces mayor cuando había indicadores de agresión física por parte del abusador contra de la víctima o algún familiar de la víctima (Paine y Hansen, 2002).

3.2. Contexto interaccional de la revelación y motivación para revelar

En relación al contexto, los resultados de distintos estudios sugieren que el proceso de revelación puede diferir dependiendo del contexto (Bradley y Wood,

1996). Algunos estudios realizados en el contexto de la consulta psicoterapéutica (Paine y Hansen, 2002) revelan tasas significativamente más altas de niños que desmienten los abusos, en comparación con los resultados mostrados en estudios realizados en contextos de protección al menor (Bradley y Wood, 1996; Paine y Hansen, 2002). Los niños que anteriormente han revelado abusos pueden ser más propensos a revelarlos en el contexto de una investigación formal (Gries et al., 1996; Keary y Fitzpatrick, 1994; citados por Paine y Hansen, 2002) o un examen médico (DiPietro et al., 1997; citado por Paine y Hansen, 2002). Concretamente, el 86% de los menores que habían efectuado una revelación anteriormente revelaban los abusos, comparado con el 14% entre el grupo de menores que no había revelado los abusos anteriormente.

Normalmente, la revelación tiene lugar porque (a) El niño cuenta los abusos a alguien directamente; (b) El niño va dejando claves; (c) Hay un testigo de las actividades del abusador o de la víctima, que es quien revela los abusos (Burgess, et al, 1977; Stanley, 1989). Las categorías más frecuentemente utilizadas en la literatura sobre revelación de abuso, establece tres tipos: intencional, accidental y provocado (Sauzier, 1989; Paine y Hansen, 2002), aunque Alaggia (2004), encuentra otros patrones de revelación que incluyen «intentos conductuales y verbales», «revelaciones intencionalmente retenidas» y «revelaciones provocadas por la recuperación de un recuerdo», lo que proporciona a los profesionales un marco de trabajo más amplio para entender y responder ante las revelaciones de las víctimas.

No obstante, hay evidencias significativas de que muchos profesionales no son capaces de reconocer el maltrato o de reportar sus sospechas (Kalichman, 1993; Warner y Hansen, 1997; citados por Paine y Hansen, 2002). El porcentaje de errores en la detección de los abusos fue más alto en los centros de día (88% de los casos), las escuelas (76%), y las agencias de servicios sociales (70%), y el más bajo en las agencias de salud mental (42%) y los hospitales (31%). Estos hallazgos provocan serias consideraciones en relación a las dificultades que los menores pueden experimentar al revelar los abusos en distintos contextos y situaciones (Paine y Hansen, 2002).

De los menores que revelan el abuso sexual, hay datos disponibles que sugieren que la mayoría (42-57%) efectúan su primera revelación a uno de sus padres o a una figura paterna (Berliner y Conte, 1995; Lamb y Edgar-Smith, 1994; Roesler y Wind, 1994; Paine y Hansen, 2002). La mayoría (58%) escogieron a su madre como confidente de la revelación. El 54% indicó que se lo habían contado a un hermano o amigo, el 36% a su padre, y el 26% a otro adulto. En un estudio de Gómez-Schwartz et al. (1990), el 39% de los menores con una historia confirmada de abuso nunca había revelado su victimización sexual hasta iniciar tratamiento y un 17% de menores había demorado más de un año

la revelación de su victimización sexual. En el 57% de los casos el menor había revelado los abusos directamente a uno de los padres.

Aunque muchos estudios coinciden en que el apoyo percibido es un factor importante que estimula la voluntad del menor para revelar el abuso sexual (Bussey y Grimbeek, 1995; Summit, 1983; Paine y Hansen, 2002), hay muy pocos estudios disponibles que analicen cómo o por qué la víctima escoge a una persona en concreto como confidente para revelar la victimización por primera vez (Lamb y Edgar-Smith, 1994; Roesler & Wind, 1994; Paine & Hansen, 2002; Fontes y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016). Formar parte de hogares más funcionales que proporcionan un mejor apoyo y una mayor estabilidad y/u otros factores, puede favorecer la revelación (Reitsema y Grietens, 2016). En este sentido, Lawson y Chaffin (1992) hallaron que las víctimas cuyos cuidadores aceptaban la posibilidad de que sus hijos hubieran sido abusados presentaban 3.5 veces más probabilidades de revelar el abuso que aquellas víctimas cuyos cuidadores negaban cualquier posibilidad de abuso (63% frente a 17%).

Hay víctimas que revelan los abusos a su madre, padre o a alguna persona adulta cercana y las revelaciones no son creídas ni tomadas en serio, por lo que continúan sufriendo los abusos tras contar lo sucedido, al no recibir credibilidad por parte del adulto, lo cual puede agravar el impacto psicológico de la víctima (Swingle et al., 2016). También existen víctimas que súbitamente se ven confrontadas debido a que acuden al médico por alguna secuela del abuso, como puede ser una infección de transmisión sexual o un embarazo no deseado (Reitsema y Grietens, 2016).

Elliott y Briere (1994) hallaron que los menores que no percibían a sus madres como figuras de apoyo eran significativamente más proclives a desmentir sus revelaciones iniciales de abuso, que aquellos que percibían a sus madres como de apoyo (15,4% vs. 3,3%). Las madres eran menos propensas a dar apoyo cuando el presunto abusador residía con ellas, en comparación con aquellos que vivían en otro lado. Las madres, asimismo, eran menos proclives a mostrar su apoyo cuando la víctima informaba de más de un abusador, cuando mayor era el número de incidentes y cuando la latencia de la revelación era superior a un año desde el fin de los abusos. La dinámica familiar asociada a un menor apoyo materno incluye una historia de abuso a la esposa entre los cuidadores de los niños, un cuidador o cuidadora drogodependiente, una historia de negligencia evidente hacia el niño, o el abuso físico del niño por parte del cuidador o cuidadora (Paine y Hansen, 2002).

Algunos estudios disponibles proporcionan datos cuantitativos relacionados con el motivo o el desencadenante para la revelación de abusos por parte de la víctima. En ocasiones ocurre porque la víctima ha sido expuesta recientemente a la presencia de su presunto abusador. En menores de edades comprendidas entre

los 3 y los 9 años, el abuso fue descubierto por ciertas afirmaciones inapropiadas por parte del niño (28%) o debido a su conducta sexualizada (17%). La revelación deliberada fue provocada por algún tipo de programa educativo en el 24% de los casos. Otros desencadenantes para la revelación voluntaria incluyen el aliento por parte de iguales (10%). En relación a esto último, la revelación era provocada por la partida del abusador en algunos casos, y para impedir que el abusador acosara a otras personas. El enfado era el impulso más común (58% de casos) en la revelación deliberada entre adolescentes (Paine y Hansen, 2002). En un estudio de personas adultas víctimas de abuso sexual infantil, el 47% de las que revelaron los abusos inicialmente durante la infancia indicaron que lo habían hecho con el propósito de poner fin a éstos (Lamb y Edgar-Smith, 1994).

3.3. Modelos explicativos de la revelación

Las razones que contribuyen a que los abusos sexuales se mantengan en secreto son muy variadas y sumamente complejas. No obstante, distintos profesionales que están en contacto con los abusadores, las familias y las víctimas de abuso sexual infantil han identificado numerosos factores endógenos y exógenos que influyen para que el menor no revele los abusos (Paine y Hansen, 2002; Reitsema y Grietens 2016). Los principales modelos explicativos de la revelación se basan en las teorías del intercambio social (Leonard, 1996) y en el modelo cognitivo-social (Bussey y Grimbeek, 1995), pero recientemente Reitsema y Grietens (2016) sugieren una aproximación al fenómeno como un proceso interaccional y dinámico, multidimensional.

Numerosos estudios han centrado su atención en analizar las características de la revelación de los abusos para entender mejor los factores mediadores (Swingle et al., 2016). Algunos autores entienden esta revelación como un evento estático unidireccional en el que la víctima simplemente cuenta a alguien el abuso sufrido pero parece más acertado entenderlo y analizarlo como un proceso que se desarrolla a través del tiempo en un proceso dialógico e interaccional (Reitsema y Grietens, 2016). Los niños reciben información sobre cómo los adultos les responden, procesan y evalúan esa información y en ello basan sus reacciones (McElvaney, Greene y Hogan, 2011).

3.3.1. *Modelo de Revelación de Intercambio social*

Las teorías de intercambio están fundamentadas en la premisa guía de que «los individuos persiguen aquellas relaciones e interacciones sociales en las que, de-

pendiendo de las percepciones de recompensas y costes, obtienen los mejores beneficios, o la mayor recompensa por el menor coste» (Leonard, 1996, p. 107). Por el contrario, las personas evitan relaciones de intercambio que suponen un alto coste. El potencial para el uso o el abuso del poder es intrínseco para la perspectiva de intercambio (Leonard, 1996).

El Síndrome de Acomodación del Abuso Sexual Infantil (Summit, 1983; Paine y Hansen, 2002) cuenta con el modelo más conocido. Éste ha facilitado una seria consideración por parte de los profesionales en clínica infantil puesto que arroja luz sobre los obstáculos de la revelación (Bussey y Grimbeek, 1995).

Los aspectos más destacados del Síndrome de Acomodación del Abuso Sexual Infantil son los siguientes:

- (a) Mantenimiento del secreto.
- (b) Indefensión.
- (c) Incitación y acomodación.
- (d) Revelación poco convincente y demorada.
- (e) Retracción.

Los dos primeros componentes son considerados fundamentales en la producción de abuso sexual, mientras que los otros son considerados contingencias secuenciales complejas (Summit, 1983; Paine y Hansen, 2002).

Al aplicar los principios del coste y recompensa a cada uno de los cinco componentes del Síndrome de Acomodación del Abuso Sexual Infantil, Leonard (1996) intenta demostrar que cada componente refleja la elección menos productiva de las opciones limitadas que las víctimas infantiles perciben que tienen disponibles. Extiende esa teoría para incluir a los abusadores y a los familiares de la víctima. Su aplicación de la teoría de intercambio a uno de los componentes del Síndrome de Acomodación del Abuso Sexual Infantil se ofrece como ilustración. En dicho síndrome la víctima infantil alberga pocas esperanzas de ser rescatada o de que el final de los abusos esté por llegar y queda sujeta a abusos sexuales repetidos sin la intervención de una tercera persona, (Leonard, 1996).

Desde la perspectiva de la Teoría del Intercambio de Igualdad, una persona en una relación asimétrica con otra persona se va angustiando en tanto que la desigualdad crece (Paine y Hansen 2002). Para una víctima casi nunca es una opción establecer una relación de igualdad con su abusador (Reitsema, y Grietens, 2016). La igualdad psicológica se consigue distorsionando la realidad y la persona se convence a sí misma de que el trato que está recibiendo es el me-

recido (acomodación) Los estudios de investigación han demostrado que bajo las condiciones adecuadas, tanto los abusadores como sus víctimas son capaces de convencerse a sí mismos de que incluso los intercambios más asimétricos son justos (Leonard, 1996).

El abusador transmite la noción de que un niño bueno o una niña buena está disponible y obedece (se somete). «Frecuentemente hay una promesa implícita o explícita de recompensa para el buen niño, tales como que su hogar familiar se mantendrá intacto y/o la protección de sus hermanos del abuso sexual (Paine y Hansen, 2002; McElvaney, 2015; Reitsema, y Grietens, 2016).

3.3.2. *Modelo de Revelación Cognitivo-Social*

Bussey y Grimbeek (1995) han propuesto un modelo integral del proceso de revelación en derivado de la teoría cognitivo-social. Citan el trabajo de Bandura (1986, 1989) y señalan que la teoría cognitivo-social adelanta un «modelo interaccional y dinámico en el que la revelación es multideterminada». Este modelo postula que hay cuatro determinantes socio-cognitivos de la revelación: atención; retención, producción y motivación. Los autores señalan que estos cuatro componentes del proceso fueron propuestos inicialmente por Bandura para explicar el aprendizaje observacional de los niños. La revelación puede ser inhibida cuando los niños «no han prestado suficiente atención al evento (procesos de atención) y son incapaces de comunicar adecuadamente lo que ha ocurrido (procesos de producción), o se rehúsan informar al respecto (procesos de motivación)» (Bussey y Grimbeek, 1995, p. 197–198).

El modelo socio-cognitivo de revelación propone que «el proceso de la revelación variará según las capacidades cognitivas de los niños, su experiencia social, y la situación particular en la que se encuentran». Su modelo ofrece una base teórica para hallazgos de investigación que muestra tasas menores de revelación entre niños mayores. Desde una perspectiva cognitiva, los niños de mayor edad están mejor capacitados para informar con respecto al abuso debido a unas habilidades más desarrolladas de atención, retención y producción. Sin embargo, con unas habilidades cognitivas mejores y una mayor experiencia social, los niños pueden ser más conscientes de los costes y los beneficios de la revelación. Por estas razones, se anticipa que la revelación de los niños se verá más autorregulada en tanto que son más maduros (Bussey y Grimbeek, 1995).

4. Modelo Multidimensional «Abusador-Víctima»

4.1. Factores culturales

Uno de los aspectos generales a tener en cuenta en nuestra cultura occidental europea son los tabúes respecto al sexo, el incesto y la homosexualidad. Desde edades muy tempranas, una inmensa cantidad de niños reciben muchísimos mensajes de que los genitales o partes íntimas están prohibidas o censuradas y que no se debe hablar de ellas. Lo mismo ocurre con los aspectos relacionados con el sexo en general, de los cuales se alienta la censura (Borrás, Pérez y Casaubón, 2006).

En un análisis de la dinámica de los secretos guardados por infantes, Last y Aharoni-Etzioni (1994) observaron cuatro categorías principales en la motivación de mantener el secreto: vergüenza; temor al castigo; exclusividad (privacidad, temor a perder una posesión o un privilegio); y empatía (incluyendo la necesidad de evitar hacer daño a otros o romper la promesa de mantener el secreto). Una quinta categoría, residual, incluye la necesidad de evitar una cierta incomodidad. Estudios análogos señalan que los niños suelen mostrar reticencia a hablar de sus genitales, así como de experiencias intrusivas vividas. Según estos estudios, cuando les presentaron una pregunta abierta con respecto a su visita al médico, todos los niños a quienes realizaron el examen de la escoliosis mencionaron espontáneamente que les habían tocado la espalda. Muy pocos niños que pasaron por un examen genital (22%) o por un examen anal (11%) reportaron haber sido tocados en esas zonas (Paine y Hansen, 2002). Esto es compatible con los resultados de Reitsema y Grietens (2016).

Se han encontrado importantes limitaciones para revelar secretos por parte de los niños (Norton, 1974; Kinard, 1982; Roberts, 1984; citados por Stanley, 1989), especialmente si son de tipo sexual (Collin-Vezina, De La Sablonniere-Griffin, Palmer, Milne y 2015; Reitsema y Grietens, 2016). Norton (1974) analizó 359 secretos revelados en grupos de encuentro y halló que los secretos relacionados con el sexo ocurrían con más frecuencia en una clasificación realizada por 190 de los participantes. Muchas personas del mismo grupo de estudio mencionaron que las relaciones incestuosas eran su secreto sexual, lo cual ha sido avalado por otros estudios (Fontes y Plummer, 2010). El tabú del incesto continúa siendo uno de los mayores tabúes de nuestra cultura, a pesar de que numerosos estudios siguen advirtiendo que la mayoría de los abusos tienen lugar dentro de la familia (Tener y Murphy, 2015). En frecuentes ocasiones, la única alternativa psicológica aceptable para el menor es creer que él provocó los encuentros sexuales debido a que no puede concebir que un padre (u otro adulto de confianza) fuese tan egoísta y despiadado. Burgess (1987) explicó cómo la

revelación en este contexto requiere un derrumbamiento de las defensas en la estructura psicológica de la víctima.

Por otro lado, si la víctima es un varón, los estereotipos sexuales y las consideraciones en relación a la homosexualidad suponen barreras adicionales que pueden inhibir la revelación (Summit, 1992). Faller (1989; p. 282) encontró «reticencia en los varones para revelar dudas, debilidades y temores», y concluyó que «el hecho de que la gran mayoría de abusadores sean hombres, provoca que los niños además tengan que superar el tabú de la homosexualidad para revelar los abusos».

4.2. La figura de la víctima

La temprana edad del niño, la fase de desarrollo en la que se encuentra, su grado de dependencia hacia los adultos para cubrir sus necesidades básicas y la vergüenza asociada a la actividad sexual entre adulto y niño, constituyen fuerzas importantes que inhiben la revelación de los abusos por parte de la víctima (Nasjlete, 1980). Ello, sin mencionar que la víctima puede tener sentimientos positivos hacia el abusador (Stanley, 1989).

4.2.1. *Edad, sexo y competencia cognitiva de la víctima*

Los niños en edad preescolar parecen más proclives a revelar accidentalmente un abuso en respuesta a la precipitación de algún evento (Paine y Hansen, 2002; Tener y Murphy, 2015), mientras que los niños de mayor edad tienden más a revelar los abusos de forma deliberada (Campis et al., 1993; Sorenson y Snow, 1991; Collin-Vezina, De La Sablonniere-Griffin, Palmer y Milne, 2015; Reitsema y Grietens, 2016; Manzanero, Vallet, Nieto-Marquez y Ebner, 2016). Este tipo de revelación puede estar inhibida en niños cuyo desarrollo es más inmaduro o lleva un cierto retraso debido al conocimiento limitado de las normas y comportamientos sociales que constituyen un abuso (Bussey y Grimbeek, 1995; Paine y Hansen, 2002). La mayoría de víctimas en edad preescolar no cuentan con las habilidades de comunicación necesarias para revelar los abusos sufridos. Por otro lado, Goldman y Goldman (1982) señalan que los niños mayores son más proclives a creer que las conductas sexuales son un tabú, que posiblemente estigmatizan y que son potencialmente dañinas. En el estudio de Goodman-Brown et al. (2002) los resultados sugieren que el temor a las consecuencias negativas para otras personas tiene un mayor efecto entre los niños mayores, en comparación con los menores, considerando el tiempo que se tomaron antes de las revelaciones.

Debido a que algunos niños pequeños no se percatan del tabú que rodea la sexualidad, y a que no lo asocian con situaciones negativas para ellos u otros, tienden a estar más dispuestos a hablar de temas y acciones que avergonzarían a niños de mayor edad (Goodman-Brown et al., 2002; Tener y Murphy, 2015).

La edad del infante también está significativamente asociada con las percepciones de responsabilidad por el abuso. Los niños mayores tienden a sentir una mayor responsabilidad y creen, de forma realista o no, que habrían podido escapar o terminar los abusos (Goodman-Brown et al., 2002; Manzanero, Vallet, Nieto-Marquez, y Ebner, 2016).

Los niños en edad preescolar se han mostrado significativamente menos propensos a revelar los abusos en el contexto de una investigación formal (Bussey y Grimbeek, 1995; Paine y Hansen, 2002). Los estudios sugieren que los niños son más reticentes a revelar los abusos que las niñas, especialmente durante la adolescencia (Lamb y Edgar-Smith, 1994; Paine y Hansen, 2002; Fontes y Plummer, 2010), especialmente durante la adolescencia.

Los niños mayores son más conscientes de las consecuencias negativas potenciales de la revelación (por ej., debido a una mayor conciencia cognitiva con respecto a lo que es verdadero o falso, verdad o mentira) (Bussey y Grimbeek, 2000). Los resultados de Goodman-Brown et al., 2002 muestran que la edad, el tipo de abuso, el miedo a las consecuencias negativas y la percepción de responsabilidad son factores importantes que influyen en la latencia de la revelación. Su modelo se vio apoyado, en tanto que los niños y niñas de mayores edades, que provenían de familias incestuosas, sentían más responsabilidad por el abuso y temían las consecuencias negativas y por lo tanto les llevaba más tiempo revelar los abusos.

Por otra parte, los resultados de un estudio retrospectivo con una muestra de mujeres no universitarias sugieren que los niños que no revelan su victimización inmediatamente pueden mostrarse más reticentes a revelar los incidentes de abuso más adelante. Los niños que se culpan a sí mismos por los abusos suelen tomarse más tiempo antes de revelarlos (Paine y Hansen, 2002; Reitsema y Grietens, 2016). Algunos estudios sugieren que el sexo de la víctima puede estar relacionado con las atribuciones de responsabilidad que hace del abuso, siendo las niñas quienes tienden a autoculparse más que los niños (Bussey y Grimbeek, 2000; Goodman-Brown et al., 2002), especialmente las más pequeñas (Hazzard, et al., 1995; Goodman-Brown et al., 2002).

Por otra parte, Bussey y Grimbeek (2000) discuten los hallazgos de varios estudios en los que indican que los niños van aprendiendo a ser más selectivos y a regular la revelación en tanto que desarrollan su competencia cognitiva y su experiencia social. Explican que los menores pueden dividirse en tres grupos

de edades según su capacidad para distinguir entre verdadero (positivo) y falso (negativo). Sus resultados muestran que tan sólo los niños y niñas mayores de cuatro años valoraron la verdad más positivamente que la mentira.

También la represión del recuerdo y la experiencia negativa en revelaciones anteriores durante la infancia juegan un papel fundamental a la hora de dar el paso y plantearse futuras revelaciones (Tener y Murphy, 2015). Puede tratarse de mecanismos psicológicos complejos por los que los afectados tienden a minimizar los hechos para evitar la vivencia de los mismos como algo grave y la estigmatización inherente a la condición de víctimas, para así poder preservar sus creencias sobre el mundo, sí mismas y los demás (Fohring, 2015).

4.2.2. *Percepción de responsabilidad, culpa, sensación de peligro y miedo*

Independientemente del tipo de abuso experimentado por la víctima, la mayoría de los niños se sienten responsables por su propio abuso (Ali, et al, 2000; Gordon, 2002; Goodman-Brown, et al., 2002; Fontes y Plummer, 2010; Collin-Vezina, et al., 2015). La dinámica de la relación abusiva y la naturaleza insidiosa del proceso en que el abusador prepara a la víctima pueden llevar a ésta a percibir que desea participar en una «relación» con el abusador (Berliner y Conte, 1990; Kaufman et al., 1996; Paine y Hansen, 2002). El proceso por medio del cual los abusadores consiguen y mantienen la obediencia y el silencio por parte de sus víctimas a menudo sitúa al menor en un rol de co-conspirador que actúa para ocultar su victimización (Berliner y Conte, 1990; Summit, 1983; Paine y Hansen, 2002).

Por muchas razones, las víctimas de abuso sexual llegan a creer que son culpables, por lo menos parcialmente, de los abusos sufridos. Cuando el abuso es intrafamiliar, en la víctima tiende a incrementarse la percepción de responsabilidad y de culpa por el abuso (Kendall-Tackett, Williams, & Finkelhor, 1993; Goodman-Brown et al., 2002; Fontes, y Plummer, 2010). Los sentimientos de responsabilidad de la víctima pueden mezclarse con los sentimientos intensos de vergüenza y estigmatización asociados con el abuso sexual (Paine y Hansen, 2002; Fontes, y Plummer, 2010; Reitsemá y Grietens, 2016). Dependiendo de la edad del menor y de la etapa de desarrollo en la que se encuentra, la respuesta clásica es de vergüenza, culpa, depresión, impotencia, desorientación, negación, temor y enfado. Añadido a la impotencia de la víctima adolescente, puede estar la ruptura de la confianza básica hacia los adultos, y cuestiones relacionadas con la conducta sexual confusa de un adulto de confianza en relación al niño (MacFarlane, 1982).

A todo lo anterior suele sumarse la sensación de peligro y los miedos. La víctima no tiene forma de compartir sus sentimientos o de corroborar el tipo de

actividades para ver si forman parte de la norma entre otros niños o niñas de su edad. Ésta es una responsabilidad que pocas veces es entendida adecuadamente en víctimas infantiles de abuso sexual y que ellos tienden a aceptar porque según sus propias percepciones, no conocen otras opciones que les permitan escapar y que no supongan serias consecuencias en su vida (Stanley, 1989). Cuando un niño tiene que guardar un secreto puede agudizarse su sentimiento de culpa, alienación y re-victimización. El tener que guardar un secreto sugiere que hay algo «malo y peligroso» y por lo tanto, el secreto se convierte en una fuente de temores y al mismo tiempo es la promesa de salvación» (Summit, 1983, p. 193).

4.2.3. *Anticipación de consecuencias negativas: rechazo, ruptura familiar y estigmatización*

En estrecha relación con estos temores, las atribuciones de culpa y responsabilidad y los aspectos generales o culturales ya comentados, otro de los factores que contribuyen a la inhibición de la revelación del abuso, es el conjunto de creencias que presenta la víctima sobre las consecuencias que podría tener la revelación. Desde el miedo a sufrir agresiones físicas, hasta la creencia de que puede morir si revela el secreto, debido a que el abusador suele usar ese tipo de amenazas para someter a la víctima. Algunos abusadores amenazan a la víctima de que harán daño a un ser querido si no mantienen los abusos en secreto (Fontes y Plummer, 2010; McElvaney, Greene, y Hogan, 2014).

El abuso ha sido una experiencia privada y los intentos de reconciliarlo con la realidad exterior de la situación pueden llevar a la incredulidad, la vergüenza, la estigmatización o el rechazo por parte de los adultos. De hecho, las revelaciones hechas por menores, especialmente si se refieren a incesto, son recibidas de forma más negativa por los receptores que las revelaciones realizadas en la edad adulta (Lamb y Edgar-Smith, 1994). El menor puede experimentar temores de ser abandonado por los propios adultos, quienes resultan cruciales, tanto para su protección, como para su recuperación (Pereda, 2010; Stanley, 1989). A menudo, la culpa más las amenazas dan como resultado el miedo, que provoca la retractación de la revelación (Stanley, 1989).

En una situación de abuso intrafamiliar, la víctima puede experimentar fuertes presiones y un intenso conflicto al contemplar que su revelación tendría muy serias consecuencias en su vida cotidiana. Si el abusador es el padre y la principal fuente económica, la víctima sabe que su revelación puede cambiar radicalmente la situación de la familia entera (Bradley y Wood, 1996; Collin-Vezina, et al., 2015). En estos casos, a menudo se informa que los menores revelan los abusos por consideraciones hacia otros más que hacia sí mismos) como

puede ocurrir cuando el menor teme que el abusador esté empezando a acosar a otro menor más pequeño. Además, a la víctima le preocupa también que la revelación vaya a traer consecuencias negativas para sus seres queridos y que puedan resultar heridos emocionalmente. En este sentido, McElvaney (2008) halló que muchas personas jóvenes de su estudio eran reticentes a revelar los abusos debido a consideraciones hacia sus padres y por temor a que se sintieran mal. También pueden preocuparle las reprimendas o castigos que podría recibir (Berliner y Conte, 1990; Sauzier, 1989, Summit, 1983; Paine y Hansen, 2002).

Los niños temen que la revelación dará lugar a un trastorno en la familia o la disolución de la misma por divorcio, a la separación del niño de sus hermanos y puesto en custodia temporal (Sauzier, 1989; Paine y Hansen 2002; Summit, 1983). En algunos casos los temores del niño y las amenazas del abusador se refuerzan cuando la víctima revela los abusos o cuando de alguna manera se descubren, y el niño es presionado por algún miembro de la familia o por otra persona para guardar el secreto (Summit, 1983; Paine y Hansen, 2002). Según Stanley (1989), el niño tiene el poder de destruir a la familia por medio de la revelación de los abusos, y sobre él recae toda la responsabilidad que conlleva mantenerlo en secreto. (Stanley, 1989), y así se lo hace saber el abusador (Summit, 1983).

La víctima puede sentir amenazada su seguridad debido a una posible ruptura familiar, la pérdida del hogar y tener que pasar a un régimen de custodia a la espera del juicio, o el vivir una situación donde el abusador ha mantenido el acceso al niño y existe muy poca supervisión. La pérdida de la relación con la otra figura paterna que no ha cometido abusos, puede ocurrir cuando ese padre/madre escoge no creer a la víctima. Asimismo, las revelaciones de abuso también pueden dar lugar a consideraciones vergonzosas acerca de la pérdida de control de la víctima sobre su propio cuerpo y el hecho de que los abusos sean conocidos por extraños, miembros de la familia y amigos durante las indagaciones (Stanley, 1989).

Es necesario subrayar que Cerezo, McGrath y Lamers-Winkelman (2003), hallaron que muchas de las víctimas no desean que sus abusadores sean encarcelados. La percepción de inconsistencia en las políticas relacionadas con la sentencia, y las afirmaciones realizadas por los jueces en el tribunal han tenido una influencia significativa sobre la desconfianza que las víctimas depositan en el sistema legal (Tamarit, Abad y Hernández, 2015).

Por otra parte, las razones para la reticencia de las víctimas varones pueden incluir miedo a recibir la etiqueta de homosexual y la estigmatización como víctima (Finkelhor, 1984; Goodman-Brown et al., 2002). Por otra parte, dado que las víctimas varones son menos propensos que las niñas a sufrir abusos

por parte de sus padres (Finkelhor, 1984; Goodman-Brown et al., 2002), cabría esperar que los varones estuvieran más dispuestos a revelar los abusos sexuales que las niñas debido a que a ellos no tendrían el temor a causar problemas a su abusador. No obstante, la mayoría de estudios sugiere que, en comparación con las niñas, los niños se toman más tiempo antes de revelar los abusos, si es que llegan a revelarlos (Fontes y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016).

4.2.4. *Miedo a no ser creídos*

Sin duda, uno de los mayores temores que bloquean el proceso de revelación es el temor a no ser creídos (Tener y Murphy, 2015). Sólo dos personas conocen el secreto, el abusador y la víctima, a menos que otros niños, por ejemplo, hubieran sido testigos. Muchos menores son reticentes a revelar su victimización por miedo a ser culpados o juzgados negativamente por otros (Berliner y Conte, 1995; Sauzier, 1989; Paine y Hansen, 2002). Algunas víctimas, de hecho, terminan siendo culpadas o juzgadas negativamente por los abusos sufridos, lo cual agrava la victimización que empezó en el propio hogar (victimización primaria), se extendió a nivel institucional (victimización secundaria institucional), al tiempo que se mantuvo socialmente (re-victimización pre-institucional) debido a los prejuicios del entorno y a posibles lealtades familiares (Maguire, 2006). En este sentido, numerosos estudios confirman que es muy elevado el riesgo para la víctima sufrir un segundo trauma psicológico a causa de la revelación (Browne y Finkelhor, 1986; Burgess et al., 1977; Summit, 1983; Stanley, 1989).

Con respecto a situaciones en que la revelación constituye una denuncia, si hay una falta de sensibilidad en la forma en que son gestionados los casos, los niños tienden a dudar que sus revelaciones serán recibidos con credibilidad, idea que se ve reforzada por las múltiples entrevistas a las que son sometidos, a cargo de profesionales distintos, algunos de los cuales requieren de formación necesaria para trabajar con niños (Echuburúa y Guerricaecheverría, 2005, p. 111). En este sentido, Pereda (2010) destaca el importante *«riesgo de victimización secundaria que supone la intervención en el caso, si esta no se lleva a cabo con una formación específica y especializada»* (p. 109). La victimización primaria deriva directamente del acontecimiento traumático, mientras que la victimización secundaria se refiere a la relación posterior establecida entre la víctima y el sistema de apoyo formal (servicios sociales, policía, sistema judicial), pudiendo contribuir a agravar el daño psicológico o cronificar sus secuelas (Echuburúa, 2004). Muchas víctimas llegan a lamentarse por haber denunciado el abuso e incluso a retractarse (Cerezo, McGrath y Lamers-Winkelman, 2003). Tamarit, Villacampa y Filella (2010), alertan de la falta de formación específica que presentan los

profesionales públicos y privados que tratan con víctimas y deben asistirles, y recomiendan la adopción y promoción de prácticas de sensibilización y formación de estos profesionales (Tamarit, Abad y Hernández, 2015).

Cabe señalar por último la presencia de una importante coincidencia entre las consideraciones subjetivas de la víctima y las consecuencias objetivas de la revelación y la denuncia, lo que refuerza las creencias que subyacen a la inhibición la revelación de los abusos.

4.3. La Figura del Abusador

No es posible hablar del abusador dejando de lado el contexto y la relación que tiene con su víctima cuando se produce el abuso por primera vez. Es indiscutible el hecho de que hay una gran diferencia entre el rol que desempeña el abusador cuando elige a su víctima en un contexto familiar, y el rol que desempeña cuando su víctima es desconocida (Fontes, y Plummer, 2010; Alaggia, 2010; McElvaney, Greene y Hogan, 2014; Reitsema y Grietens, 2016).

4.3.1. *El contexto del abuso sexual y la relación entre víctima y abusador*

En prácticamente todos los estudios revisados que tratan el tema de los factores inhibidores en la revelación de abusos sexuales se diferencia el contexto en que ocurren. Cuando los abusos tienen lugar en un contexto intrafamiliar, las presiones que percibe la víctima para inhibir la revelación son distintas. Cuando los abusos ocurren fuera del contexto familiar, la víctima suele percibir menos presiones para inhibir la revelación (Paine y Hansen, 2002; Fontes, y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016).

Sauzier (1989) halló que los niños eran menos proclives a revelar los abusos cuando el abusador era un pariente natural, con un 53% de los cuales no revelaron los abusos (el incesto fue descubierto de forma accidental). En casos extrafamiliares, los niños son más proclives a revelar los abusos inmediatamente, aunque sólo el 39% de los niños lo hace entonces.

Wyatt y Newcomb (1990) encontraron que los menores eran menos propensos a revelar los abusos cuanto más cercanamente estaban relacionados con el abusador. El temor a las consecuencias negativas puede ser especialmente importante en casos de incesto, puesto que los niños pueden temer que alguno de sus padres será castigado. Además les preocupa que, al revelar el abuso, crearán un trastorno en la familia. Asimismo, lo niños que sufren abusos

por parte de un miembro de la familia tienden a sentir más lealtad hacia el abusador y, por lo tanto, presentan una mayor ambivalencia para su revelación (Sauzier, 1989; Goodman-Brown et al., 2002; Fontes, y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016). Es muy posible que tengan más dificultades cuando el abusador está en una posición de confianza y autoridad en el entorno del menor.

Independientemente del sexo del menor, todos los estudios parecen ser consistentes al indicar que la relación abusador-víctima en los casos de ASI casi siempre es de índole familiar (Berliner y Conte, 1995; Paine y Hansen, 2002). Con frecuencia, la relación abusador-víctima no sólo es de índole familiar, sino que además tiende a ser significativa y emocionalmente cercana. El individuo que perpetra el abuso es con frecuencia una figura «paterna» (Berliner y Conte, 1995; Paine y Hansen, 2002). El abusador a menudo está en una posición de poder y autoridad sobre el menor, o es su cuidador o proveedor (Berliner y Conte, 1995; Paine y Hansen, 2002), lo que podría explicar que muchos menores víctimas describan como positiva su relación con el abusador, o muestren sentimientos ambivalentes hacia este (Berliner y Conte, 1990; Paine y Hansen, 2002). Profesionales clínicos han observado que los niños que sufren abuso sexual por parte de un familiar cercano son particularmente reticentes a revelar los abusos (Paine & Hansen, 2002; Fontes, y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016). Los resultados de investigaciones señalan consistentemente que los menores abusados por un familiar cercano son menos proclives a contar el abuso que aquellos que sufrieron los abusos por parte de un extraño (Berliner y Conte, 1990; Sauzier, 1989; Paine & Hansen, 2002; Tamarit, Abad y Hernández, 2015). En este sentido, Tamarit et al. (2015) observan que las dificultades para reconocer los hechos como abuso o como delito y denunciar suelen ser más frecuentes en aquellas víctimas con una relación cercana con el agresor o en los abusos no violentos.

En referencia a la dinámica del incesto de Young y Lowry (1992, p. 167); los lazos traumáticos se definen como *«la evolución de una dependencia emocional entre dos personas con poder desigual (un adulto y un niño), dentro de una relación caracterizada por abuso sexual periódico. La naturaleza de este lazo se distingue por sentimientos de intenso apego, distorsiones cognitivas, estrategias conductuales de ambos individuos que, paradójicamente, fortalecen y mantienen el lazo»*. Furniss (1991) ha señalado paralelismos entre la relación «abusador-víctima» en los casos de incesto y en los apegos bizarros que se desarrollan en situaciones del tipo captor-secuestrado. Señala que hay un patrón interaccional «pseudonormal» en el que *«el secuestrador y el terrorista no sólo son personas que amenazan la vida y la integridad, sino que también son los proveedores de vida, del mantenimiento y del cuidado externo necesario, e incluso de la atención emocional positiva»*.

4.3.2. *El proceso de selección, seducción y «grooming» del abusador*

Sobre el proceso por medio del cual los abusadores seleccionan y preparan a las víctimas, la literatura señala que los abusadores suelen seleccionar a niños ingenuos (Conte, Wolfe, y Smith, 1989; Paine y Hansen, 2002) y trabajan proactivamente para establecer una relación de confianza antes de abusar de ellos (Conte et al., 1987; Budin y Johnson, 1989; Elliott et al., 1995; Paine y Hansen, 2002). En un estudio de 72 varones adultos encarcelados por ASI, los sujetos identificaron una preferencia por abusar de sus propios hijos/as y/o por menores «pasivos, tranquilos, ensimismados, solitarios, de hogares homoparentales o disueltos» (Budin y Johnson 1989, p. 79).

Los abusadores frecuentemente buscaban a menores ingenuos y trabajan proactivamente para establecer una relación de confianza antes de abusar de ellos (Paine & Hansen, 2002; Smith, Letourneau, Saunders, Kilpatrick, Resnick y Best, 2000). No es infrecuente que esto se extienda al establecimiento de una relación de confianza con la familia de la víctima también (Elliott et al., 1995; Paine y Hansen, 2002; McElvaney y Culhane, 2015), lo cual permite al abusador conseguir un mayor acceso y un mejor control sobre el menor.

4.3.3. *Estrategias de coerción*

Los métodos empleados por los abusadores para ganar y mantener el sometimiento de la víctima, así como su silencio, han estado bien documentados en la literatura clínica (Berliner y Conte, 1990; Paine y Hansen, 2002).

Tanto las víctimas (Berliner y Conte, 1990; Paine y Hansen, 2002) como los abusadores han identificado un proceso gradual, en el que los abusadores van empleando comentarios sucesivamente inapropiados, así como conductas que se aproximan cada vez más a los tocamientos y gestos inadecuados, tan insidiosas que el abuso a menudo comienza antes de que el menor se dé cuenta de lo que la situación es sexual o inapropiada. Las estrategias empleadas para ganar el sometimiento de las víctimas incluyen la concesión y la retirada de incentivos (atención, bienes materiales y privilegios), confusión con respecto a la moral de la sociedad y a los estándares y/o conductas abusivas en sí mismas, y la externalización de responsabilidad por el abuso sobre la víctima.

El abusador a menudo consigue la sumisión por medio de la intimidación, del uso de distorsiones de la realidad y de la manipulación del sentido que tiene el niño del bien y del mal. Consigue convencerlo de que la revelación de un secreto bien guardado es muy arriesgada (Stanley, 1989; Fontes y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016). Los abusadores convencen a la

víctima de que se les culpará y se les juzgará negativamente y/o se les castigará (Paine y Hansen, 2002; Fontes y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016). Las amenazas pueden tener muchas formas, incluido el daño físico a la víctima y/o a alguno de sus familiares o seres queridos (Paine y Hansen, 2002; Fontes y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016), o al anticipar resultados negativos o funestos para la víctima, los seres queridos o el abusador. Lyon (1996) halló que las amenazas disminuyen la probabilidad de que los menores revelen los abusos sexuales..

Los estudios proporcionan resultados conflictivos sobre la relación entre la revelación y el método de coerción usado para conseguir el sometimiento del niño. Algunos no han hallado relación entre el método de coerción y la revelación (Paine y Hansen, 2002; Fontes y Plummer, 2010; Reitsema y Grietens, 2016). Otros han señalado una relación temporal entre la revelación y el método empleado para conseguir el sometimiento del niño. Por ejemplo, Gomes-Schwartz et al. (1990), observaron que los niños sujetos a estrategias agresivas, o bien contaron lo sucedido de inmediato (39%), o bien se abstuvieron de denunciar el abuso (43%).

Los abusadores suelen confesar que escogen a menores vulnerables emocionalmente, con quienes consideran que pueden establecer una relación de confianza. Sus estrategias consiguen trastornar la habilidad del menor para reconocer la situación de abuso, así como el bien y el mal en relación a ésta (Conte, Wolfe y Smith, 1987; Reitsema y Grietens, 2016).

5. Conclusiones

Una de las cuestiones victimológicas más problemáticas es la baja tasa de revelación y de denuncia del abuso sexual infantil. Aunque existen numerosos estudios sobre los factores que influyen en la revelación, ninguna publicación reciente en España recoge y sintetiza las evidencias científicas disponibles sobre los factores inhibidores relativos a las figuras de la víctima, el abusador y la relación entre ambos, desde una perspectiva multidimensional e interaccional.

La naturaleza de la dinámica del abuso sexual infantil dificulta enormemente que los menores revelen su victimización. Debido a la naturaleza encubierta del ASI, los niños se enfrentan a una situación en la que tienen que tomar una importante decisión a solas, sin el consejo, el apoyo o el aliento de otros (Paine y Hansen, 2002). Los datos de las investigaciones señalan consistentemente que la mayoría de los menores mantienen el secreto o tardan en revelarlo períodos de tiempo significativos (Summit, 1983; Berliner y Conte,

1990; Gomes-Schwartz et al., 1990; Sorenson y Snow, 1991; McElvaney, 2015; Paine y Hansen, 2002; Reitsema y Grietens, 2016).

La voluntad y la habilidad que tenga la víctima para denunciar su victimización juega un papel fundamental en la intervención en el ámbito terapéutico y legal, pues cualquier intervención dependerá casi por completo de que el menor revele el abuso (Bussey y Grimbeek, 1995; Goodman-Brown et al., 2002; McElvaney, 2015; Reitsema y Grietens, 2016; Sauzier, 1989). Conocer cuáles son los factores que intervienen en el proceso interaccional y multidimensional de la revelación, resulta fundamental para la investigación victimológica, y ese ha sido el objetivo de este trabajo.

Las víctimas de abuso sexual infantil se enfrentan a muchísimos obstáculos que tienden a inhibir la revelación, y algunas de estas limitaciones son cognitivas y están relacionadas con factores de desarrollo (Bussey y Grimbeek, 1995; Paine y Hansen, 2002). A las dificultades que los niños presentan en general para revelar un secreto, especialmente cuando implican a algún adulto o están relacionados con aspectos sexuales, se añaden otros específicos del abuso como el miedo al castigo y al abandono, la percepción de complicidad, la vergüenza y la culpa, que se conjugan para que la víctima no revele el abuso sufrido (Alaggia, 2010; Sauzier, 1989; Summit, 1983; Goodman-Brown et al., 2003). La situación de superioridad del abusador, las estrategias empleadas para seducir y coaccionar a la víctima y la relación o el vínculo entre ellos son factores que dificultan gravemente la revelación del abuso (Reitsema y Grietens, 2016; Tamarit et al., 2015), especialmente cuando se trata de abuso intrafamiliar. Debido a la asimetría que caracteriza dicha relación, el abusador puede mantener el sometimiento de la víctima (Berliner y Conte, 1995; Elliott et al., 1995; Paine & Hansen, 2002; Fontes y Plummer, 2010; McElvaney, 2015; Reitsema y Grietens, 2016). Los temores por el bienestar físico y emocional de la propia víctima, así como de personas que son queridas para ella o incluso con respecto al abusador, también constituyen importantes factores inhibidores de la revelación (Berliner y Conte, 1990; Lyons, 1996; Sauzier, 1989; Summit, 1983). A todos estos factores hay que añadir aquellos relativos a las normas sociales y culturales, los tabúes relativos al sexo, al incesto y la homosexualidad, que coadyuvan en la inhibición de la revelación de los abusos a un nivel macrosocial.

La edad del infante está significativamente asociada con las percepciones de responsabilidad por el abuso. Los de mayor edad tienden más a sentir que han tenido alguna responsabilidad por los incidentes. Igualmente, suelen sentir, de forma realista o no, que podían haber escapado o terminar los abusos (Goodman-Brown et al., 2002). También son los más proclives a creer que las conductas sexuales son un tabú, que posiblemente estigmatizan y son potencialmente dañinas (Reitsema y Grietens, 2016).

Los chicos suelen experimentar más factores inhibidores para la revelación que las chicas (Lamb y Edgar-Smith, 1994; Lynch et al., 1993; Reinhart, 1987; Summit, 1983; Watkins y Bentovim, 1992), y dicha tendencia puede aumentar con la edad, puesto que se ha observado que los adolescentes varones son menos propensos a revelar la victimización sexual sufrida (Hecht y Hansen, 1999; Lamb y Edgar-Smith, 1994; Paine y Hansen, 2002). No obstante, Hazzard, Celano, Gould, Lawry y Webb (1995) señalaron que, entre víctimas femeninas de abuso sexual, las niñas más pequeñas eran quienes más tendían a culparse a sí mismas por el abuso.

Muchas víctimas temen que sus revelaciones no serán recibidas con la credibilidad necesaria y que no recibirán ayuda (Gomes-Schwartz et al., 1990; McElvaney et al., 2014; Summit, 1983; Paine y Hansen, 2002) y la literatura científica muestra que estos temores en demasiadas ocasiones son reales y no se produce una intervención legal ni terapéutica (Arata, 1998; Berliner y Conte, 1995; Gomes-Schwartz et al., 1990; Paine y Hansen, 2002; Swingle et al., 2016) o cuando se produce, esta no satisface adecuadamente las necesidades de las víctimas (Tamarit, Abad y hernández, 2015) y puede llegar a agravar el impacto psicológico de las víctimas debido a posteriores victimizaciones por parte de distintas instituciones y de algunos grupos sociales, incluida la familia. Cabe destacar que es alto el riesgo del menor de sufrir un segundo trauma psicológico a causa de la revelación (Burgess et al, 1977; Summit, 1983; Stanley, 1989 Reitsema y Grietens, 2016).

A pesar de que ha aumentado la sensibilidad a nivel social con respecto al abuso sexual infantil, muchas personas adultas siguen sin denunciar situaciones de sospecha de abuso sexual (Cerezo, McGrath y Lamers-Winkelmann, 2003). Y muchos profesionales en contacto directo con menores no son capaces de detectar las señales o indicadores que las víctimas presentan, a veces de forma no intencionada, para que alguien les pregunte o les ofrezca ayuda (Reitsema y Grietens, 2016). O lo que es peor, aún detectándolas o después de escuchar el relato de un menor supuestamente abusado, no actúa de manera adecuada e inmediata, por lo que el abuso continúa y no se inicia el procedimiento adecuado para proteger al menor y amortiguar su impacto psicológico (Swingle et al., 2016). El temor a las consecuencias negativas puede ser especialmente importante en casos de incesto, puesto que los niños pueden temer que alguno de sus padres sea castigado (Sauzier, 1989; Goodman-Brown et al., 2002) o crear problemas a la familia (Reitsema y Grietens, 2016). Asimismo, los niños que sufren abusos por parte de un miembro de la familia tienden a sentir más lealtad hacia el abusador y, por lo tanto, presentan una mayor ambivalencia para revelar los abusos (Fontes y Plummer, 2010).

Resulta compleja la tarea de establecer un modelo de los factores inhibidores de la revelación de abuso sexual que sea totalmente claro y explicativo.

En cualquier caso, se ha evidenciado que para llegar a una mejor comprensión de este tema es necesario resaltar la importancia del vínculo entre el abusador y la víctima y la reacción del entorno, en tanto en cuanto la revelación es un proceso complejo, multidimensional, dinámico e interaccional, sobre el que es necesario seguir investigando.

5.1. Limitaciones

Como todos los trabajos, éste no está exento de limitaciones. La principal limitación de esta revisión es que es exploratoria y no sistemática, puesto que no se ha seguido un protocolo específico para la selección de los estudios. Por otro lado, los estudios revisados no necesariamente han empleado las mismas definiciones de abuso sexual infantil, ni las mismas técnicas para recoger los datos. Algunos han utilizado muestras de adultos que hacían referencia a sus experiencias de abuso durante la infancia, lo cual puede suponer importantes limitaciones relativas a fallos de memoria o distorsiones (London et al., 2008). Otros han recogido los datos en muestras de menores, pero no se ha tenido en cuenta en la presente revisión, si estos menores provenían de colectivos específicos como servicios sociales, salud mental o justicia, por lo que sus resultados no deberían generalizarse a toda la población de víctimas de abuso. Hay que señalar también que las muestras de muchos de los estudios revisados eran pequeñas, lo cual es un problema generalizado en la literatura sobre abuso sexual infantil (Pereda, Guilera, Forns y Gómez-Benito, 2009), y debe ser tenido en cuenta a la hora de interpretar los resultados.

5.2. Sugerencias para futuras investigaciones

Puesto que la revelación no es un evento aislado y estático, sino más bien algo que sucede a lo largo del tiempo, de naturaleza multifacética e interaccional, es necesario realizar estudios longitudinales que combinen técnicas cuantitativas y cualitativas para analizar el complejo proceso de revelación, centrados en los puntos de vista y las experiencias de las propias víctimas, pero sin olvidar el contexto interpersonal y dinámico de la revelación (Reitsema y Grietens, 2016). En esta línea, numerosos autores sugieren que, dado el importante papel que juega el círculo de amigos durante la adolescencia, las relaciones con los pares pueden tener un rol fundamental en el proceso de revelación en esta etapa evolutiva, lo cual debería ser objeto de futuras investigaciones (e.g., McElvaney, 2015; Schönbucher, Maier, Mohler-Kuo, Schnyder y Landolt, 2012). Por último, es necesario seguir investigando sobre los factores contextuales que influyen en la

revelación como las normas culturales y religiosas (Alaggia, 2010), pero también las características y dinámicas de las familias en las que se produce el abuso, de cara a mejorar sus procesos comunicativos y fomentar la revelación (Reitsema y Grietens, 2016).

6. Bibliografía

- Ali A., Toner, B.B.; Stuckeess, N.; Gallop, R.; Diamant, N.E.; Gould, M.I. y Vidins, E.I. (2000) Emotional Abuse, Self-Blame, and Self-Silencing in Women With Irritable Bowel Syndrome. *Journal of Psychosomatic Medicine* 62, 76–82.
- Alaggia, R. (2004). Many ways of telling: Expanding conceptualizations of child sexual abuse disclosure. *Child Abuse & Neglect*, 28, 1213–1227.
- Alaggia, R. (2010). An ecological analysis of child sexual abuse disclosure: Considerations for child and adolescent mental health. *Journal of the Canadian Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 19, 32–39.
- Arata, C. M. (1998). To tell or not to tell: current functioning of child sexual abuse survivors who disclosed their victimization. *Child Maltreatment*, 3, 63 – 71.
- Berliner, L., & Conte, J. R. (1995). The effects of disclosure and intervention on sexually abused children. *Child Abuse & Neglect*, 19, 371–384.
- Borrás J.J., Pérez M. y Casaubón A., 2006. Sexo y Salud. Una guía para acercarse a la sexualidad (Cap. 4 La educación y los derechos sexuales, pp. 55–64). Fundación Eroski, Eroski Publicaciones, España.
- Browne, M., & Finkelhor, D (1986). The impact of sexual abuse: A review of the research. *Psychological Bulletin*, 99, 66–77.
- Bradley, A. R. & Wood, J. M. (1996). How do children tell? The disclosure process in child sexual abuse. *Child Abuse & Neglect*, 20, 9, 881–891.
- Browning, D., & Boatman, B. (1977). Incest: children at risk. *American Journal of Psychiatry*, 134, 69–72.
- Budin, L. E., & Johnson, C. F. (1989). Sex abuse prevention programs: offenders' attitudes about their efficacy. *Child Abuse and Neglect*, 13, 77 – 87.
- Burgess, A. W., & Holmstrom, L. L. (1978). Accessory-to-sex: Pressure, sex, and secrecy. In A. W. Burgess, A. Groth, L. L. Holmstrom, & S. M. Sgroi

(Eds.), *Sexual assault of children and adolescents* (pp. 85-98). Lexington, MA: Lexington Books.

- Bussey, K., y Grimbeek, E. J. (1995). Disclosure processes: Issues for child sexual abuse victims. In K. J. Rotenberg (Ed.), *Disclosure processes in children and adolescents* (pp. 166-203). Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Bussey, K., y Grimbeek, E. J. (2000). Children's conceptions of lying and truth telling: Implications for child witnesses. *Legal and Criminological Psychology*, 5, 187-189.
- Cerezo J. M. A, McGrath, K, y Lamers-Winkelman, F. (2003). Perpetrators and victims of child sexual abuse: identifying the legal obstacles to rehabilitation in three European countries. *Child Sexual Abuse in Europe*, Capítulo 7, pp. 133-154. Council of Europe Publishing.
- Collin-Vezina, D., De La Sablonniere-Griffin, M., Palmer, A. M., y Milne, L, (2015). A preliminary mapping of individual, relational, and social factors that impede disclosure of childhood sexual abuse. *Child Abuse and Neglect Journal*. 43, 123-134.
- Conte, J. R., Wolfe, S., & Smith, T. (1989). What sexual offenders tell us about prevention strategies. *Child Abuse and Neglect*, 13, 293 – 301.
- Cooper, A. (2002). *Sex and the Internet. A guidebook for clinicians*. Chapter 13: Obtaining data about human sexual functioning from the Internet; pp. 245-262. Brunner – Routledge, London, UK.
- Daro, D. A. (1994). Prevention of child sexual abuse. *The Future of Children*, 4, 199–223. De Young, M., & Lowry, J. A. (1992). Traumatic bonding: clinical implications in incest. *Child Welfare*, LXXI, 165 – 175.
- Echuburúa, E., Guerricaecheverría, C., (2005). *Concepto, factores de riesgo y efectos psicopatológicos del abuso sexual infantil*, en San Martín, J. et al. (2002). *Violencia contra niños*. Cap. 4, 86-112., Editorial Ariel, Centro Reina Sofía para el estudio de la violencia, Barcelona.
- Elliott, M. (1993). *What survivors tell us — an overview*. In: M. Elliott (Ed.), *Female sexual abuse of children: the ultimate taboo* (pp. 5–14). Essex, England: Longman.
- Faller, K. C. (1989). Characteristics of a clinical sample of sexually abused children: how boy and girl victims differ. *Child Abuse and Neglect*, 13, 281 – 291.
- Finkelhor, D. (1984). *Child sexual abuse: New theory and research*. New York: Free Press.

- Fohring, S. (2015). An integrated model of victimization as an explanation of non-involvement with the criminal justice system. *International Review of Victimology*, 21(1), 45-70.
- Fontes, L. A., & Plummer, C. A. (2010). Cultural issues in disclosures of child sexual abuse. *Journal of Child Sexual Abuse*, 19, 491-518.
- Furniss, T. (1991). *The multi-professional handbook of child sexual abuse: integrated management, therapy, and legal intervention*. London: Routledge.
- Goldman, R., & Goldman, J. (1982). *Children's sexual thinking: A comparative study of children aged 5 to 15 years in Australia, North America, Britain, and Sweden*. Boston, MA: Routledge & Kegan Paul.
- Gomes-Schwartz, B., Horowitz, J. M., & Cardarelli, A. P. (1990). *Child sexual abuse: the initial effects*. Newbury Park, CA: Sage.
- Goodman-Brown, Tina B.; Edelstein, Robin S.; Goodman, Gail S., Jones, David P.H.; Gordon, David S. (2002) Why children tell: a model of children's disclosure of sexual abuse. *Child Abuse and Neglect Journal* 27, pp. 525-540. USA.
- Hazzard, A., Celano, M., Gould, J., Lawry, S., & Webb, C. (1995). Predicting symptomatology and self-blame among child sex abuse victims. *Child Abuse & Neglect*, 19, 707-714.
- Hecht, D. A., & Hansen, D. J. (1999). *Adolescent victims and intergenerational issues in sexual abuse*. In: V. B. Van Hasselt, & M. Hersen (Eds.), *Handbook of psychological approaches with violent criminal offenders: contemporary strategies and issues* (pp. 303-328). New York: Plenum.
- Jennings, K. (1993). *Female child molestation: a review of the literature*. In: M. Elliott (Ed.), *Female sexual abuse of children: the ultimate taboo* (pp. 241 - 257). Essex, England: Longman.
- Kendall-Tackett, K. A., Williams, L. M., & Finkelhor, D. (1993). Impact of sexual abuse on children: A review and synthesis of recent empirical studies. *Psychological Bulletin*, 113(1), 164-180.
- Kogan S.M. (2004). Disclosing unwanted sexual experiences: Results from a national sample of adolescent women. *Child Abuse & Neglect*, 28, 147-165.
- Lamb, S., y Edgar-Smith, S. (1994). Aspects of disclosure: Mediators of outcome of childhood sexual abuse. *Journal of Interpersonal Violence*, 9, 307-326.
- Last, U., & Aharoni-Etzioni, A. (1994). Secrets and reasons for secrecy among school-aged children: develop- mental trends and gender differences. *The Journal of Genetic Psychology*, 156, 191 - 203.

- Lawson, L., & Chaffin, M. (1992). False negatives in sexual abuse disclosure interviews. *Journal of Interpersonal Violence*, 7(4), 532–542.
- Leonard, E. D. (1996). A social exchange explanation for the child sexual abuse accommodation syndrome. *Journal of Interpersonal Violence*, 11, 107–117.
- London, K., Bruck, M., Wright, D. B., & Ceci, S. J. (2008). Review of the contemporary literature on how children report sexual abuse to others: Findings, methodological issues, and implications for forensic interviewers. *Memory*, 16, 29–47.
- Lynch, D. L., Stern, A. E., Oates, K., & O’Toole, B. I. (1993). Who participates in child sexual abuse research? *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 34, 935 – 944.
- Lyon, T. (1996). The effect of threats on children’s disclosure of sexual abuse. *The APSAC Advisor*, 9 (3), 9 – 15
- Manzanero, A. L., Vallet, R., Nieto–Marquez, M., y Ebner, E. (2016). *Edad como factor modulador de las características de recuerdos traumáticos*. En A. Andres-Pueyo, F. Farina, M. Novo, y D. Seijo (Eds.), *Avances en psicología jurídica y forense* (pp. 245–253). Santiago de Compostela: Sociedad Española de Psicología Jurídica y Forense.
- McElvaney, R. (2015). Disclosure of child sexual abuse: delays, non–disclosure and partial disclosure. What the research tells us and implications for practice. *Child Abuse Review*, 24, 159–169.
- McElvaney, R., Culhane, M. (2015). A retrospective analysis of children’s assessment reports: What help children tell? *Child Abuse Review*. doi: 10.1002/car.2590
- McElvaney, R., Greene, S., Hogan, D. (2014). To tell or not to tell? Factors influencing young people’s informal disclosures of child sexual abuse. *Journal of Interpersonal Violence*, 29(5), 928–947.
- MacFarlane, K. (1982). Confronting the incest secret long after the fact: A family study of multiple victimization with strategies for intervention. *Child Abuse & Neglect*, 68, 225–237.
- Maguire, T., (2006). *Don’t Tell Mummy. A true story of the ultimate betrayal*. Harper Element, London UK.
- Nasjlete, M. (1980). Suffering in silence. The male incest victim. *Child Welfare*, 59 (5), 269–275.

- Norton, R., Feldman, C. & Tafoya, D. (1974). Risks, parameters across types of secrets. *Journal of Counseling Psychology*, 21 (5), 450-454).
- Paine, Mary L., y Hansen, David J. (2002) Factors influencing children to self-disclose sexual abuse. *Clinical Psychology Review* 22, 271-295.
- Pereda, N. (2010). Resiliencia en niños víctimas de abuso sexual: el papel del entorno familiar y social. *Educación Social*, 49, 103-114.
- Pereda, N., Guilera, G., Forns, M., & Gómez-Benito, J. (2009). The international epidemiology of child sexual abuse: A continuation of Finkelhor (1994). *Child Abuse & Neglect*, 33, 331-342.
- Reinhart, M. (1987). Sexually abused boys. *Child Abuse and Neglect*, 11, 229 – 235. Rieser, M. (1991). Recantation in child sexual abuse cases. *Child Welfare*, 612-613.
- Reitsemá, A.M., y Grietens, H. (2016). Is anybody listening? The literature on the dialogical process of child sexual abuse disclosure reviewed. *Trauma, Violence, & Abuse*, 17 (3), 330-340.
- Roesler, T. A., y Wind, T.W. (1994). Telling the secret: Adult women describe their disclosures of incest. *Journal of Interpersonal Violence*, 9, 327-338.
- Ruggiero, K.J.; Smith, D.W.; Hanson, R.F.; Resnick, H.S.; Saunders, B.E.; Kilpatrick, D.G. & Best, C.L. (2004). Is Disclosure of Childhood Rape Associated With Mental Health Outcome? *Child Maltreatment Journal*, 9 (1), 62-771.
- Sauzier, M. (1989). Disclosure of child sexual abuse: For better or for worse. *Psychiatric Clinics of North America*, 12, 455-469.
- Schonbucher, V., Maier, T., Mohler-Kuo, M., Schnyder, U., y Landolt, M. A. (2012). Disclosure of child sexual abuse by adolescents: A qualitative in-depth study. *Journal of Interpersonal Violence*, 27, 3486-3513.
- Sjöberg R.L.; Lindblad F. (2002) Delayed disclosure and disrupted communication during forensic investigation of child sexual abuse: a study of 47 corroborated cases. *American Journal of Psychiatry*, 159 (2), 312-314.
- Smith, D.W., Letourneau, E. J., Saunders, B. E., Kilpatrick, D. G., Resnick, H. S., & Best, C. L. (2000). Delay in disclosure of childhood rape: Results from a national survey. *Child Abuse & Neglect*, 2, 273-287.
- Stanley, S.R. (1989). Disclosure of Sexual Abuse. The Secret is Out-What Now? *Journal of Child and adolescent Psychiatric Nursing*, 2 (4), 271-295.

- Summit, R. (1992). Abuse of the child sexual abuse accommodation syndrome. *Journal of Child Sexual Abuse*, 1, 153-163.
- Swingle, J.M., Tursich, M., Cleveland, J.M., Gold, S.N., Michaels, L., Kupperman-Caron, L.N., García-Larrieu, M., Sciarrino, N.A. (2016). Childhood disclosure of sexual abuse: Necessary but not necessarily sufficient. *Child Abuse & Neglect*, 62, 10-18.
- Tamarit, J.M., Abad, J., Hernández, P. (2015). Las víctimas de abuso sexual infantil ante el sistema de justicia penal: estudio sobre sus actitudes, necesidades y experiencia. *Revista de Victimología*, 2, 27-54.
- Tamarit, J.M., Villacampa, C., y Filella, G. (2010). Secondary victimization and victim assistance. *European Journal of Crime, Criminal Law and Criminal Justice*, 18(3), 281-298.
- Tener, D., y Murphy, S. B. (2015). Adult Disclosure of Child Sexual Abuse: A Literature Review. *Trauma, Violence & Abuse*, Vol. 16(4) 391-400.
- Watkins, B., & Bentovim, A. (1992). The sexual abused of male children and adolescents: a review of current research. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 33, 197 – 248.
- Wyatt, G. E., & Newcomb, M. D. (1990). Internal and external mediators of women's sexual abuse in childhood. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 58, 758-767.